

## INTRODUCCIÓN

La *Ilíada* es el poema épico más antiguo de la literatura europea. Fue compuesto poco antes del 700 a. C., probablemente en la costa occidental de Anatolia o en una de las islas adyacentes, por un poeta llamado Homero (el autor seguramente también de la *Odisea*), del que ni los propios griegos de la Antigüedad conocían nada con seguridad. La *Ilíada* es un poema que pertenece a una larga tradición. Los poetas, llamados aedos, componían de manera oral, improvisada y sin ayuda de la escritura. Sus poemas estaban destinados a ser cantados con acompañamiento de un instrumento de cuerda. Se ignora cuándo la *Ilíada*, destinada también a ser difundida de manera oral quizá en las fiestas colectivas, fue puesta por escrito; pero, en todo caso, antes del 520 a. C. existía en Atenas un texto normalizado, que era el usado en los certámenes consistentes en la recitación de la epopeya. El texto que está en la base del que reproducen nuestros manuscritos conservados de época bizantina procede de los filólogos alejandrinos de época helenística, de Aristarco, en particular. Ignoramos con precisión el texto sobre el que el alejandrino Aristarco en la primera mitad del siglo II a. C. realizó su edición, aunque debió de conceder una especial importancia a algún ejemplar ático.

La *Ilíada* está compuesta en una forma lingüística del griego antiguo que nunca existió en la realidad. Aparecen indisolublemente mezcladas formas muy arcaicas y otras más recientes, formas de distintos dialectos (básicamente el dialecto es el jónico, pero hay formas que coinciden con los dialectos eolios o con el dialecto micénico y arcadio-chipriota y graffas propias del ático), y formas que no

han existido nunca en ningún dialecto griego y que son propias de la lengua artística. El ritmo del verso en que el poema está compuesto se basa en la repetición de la unidad constituida por una sílaba larga y dos breves (u otra larga) seis veces cada verso. El verso se denomina hexámetro. Cada verso está separado por pausa. En su interior hay posiciones donde se busca el fin de palabra, y otras en las que se evita.

La *Iliada* narra un breve episodio del décimo y último año de la guerra de Troya. Se dan por conocidos el tema general del poema y los héroes y dioses que intervienen, sin que haya ninguna explicación o presentación previa del tema ni de los personajes. Agamenón, el caudillo de la expedición de los aqueos (llamados también argivos o dánaos, pero nunca griegos) arrebató a Aquiles, jefe de los mirmídones, su parte en el botín para compensar la pérdida de su lote personal del botín, que fue la esclava Criseida, hija del sacerdote de Apolo, que a instancias de Crises ha enviado una peste contra los griegos para exigir su devolución. Aquiles, lleno de cólera por tal deshonra, decide retirarse del combate. Zeus, a instancias de Tetis, la madre de Aquiles, ha resuelto causar la perdición de los aqueos, pero antes, éstos, con Aquiles ya lejos de la batalla, obtienen resonantes victorias durante todo un día de lucha. En los dos días siguientes, los troyanos acampan cerca del campamento de los aqueos, logran herir a la mayoría de los caudillos, penetrar en el muro defensivo y llevar el combate hasta las propias naves. Patroclo pide a Aquiles sus armas para ayudar a sus compañeros. Sale a la lucha y muere. Aquiles decide regresar a la batalla para vengar a su amigo Patroclo y, tras reconciliarse con Agamenón, comienza sus proezas guerreras. Al cabo de ellas, mata a Héctor, caudillo troyano. Aquiles celebra el funeral de su amigo Patroclo, a la vez que ultraja el cadáver del vencido Héctor. Finalmente, Príamo llega a ocultar a la tienda de Aquiles, logra el rescate de Héctor y regresa a Troya, donde se celebran las exequias por su muerte.

La muerte de Aquiles y el final de la guerra de Troya no son narrados en la *Iliada*, aunque existe la certeza de que ambas cosas sucederán de una manera inmediata. Tampoco se relatan las causas de la guerra desde el juicio de Paris, ni la conquista de la ciudad.

Un rasgo muy notable de la *Ilíada* es que, a pesar de su extensión, la acción se concentra sólo en unos pocos días de combate, sin mención a la totalidad de la guerra. El tema concreto es la cólera de Aquiles, pero en la narración de cuatro días completos de combate se incorporan escenas que parecen corresponder al comienzo de la guerra y queda simbolizada la totalidad de la misma.

La sociedad que aparece representada en la *Ilíada*, en la medida en que la podemos conocer por las noticias fragmentarias y ocasionales que jalonan el relato, es sumamente primitiva y está poco diferenciada: los dioses, que patrocinan todas las actividades humanas y rigen los fenómenos de la naturaleza, intervienen de modo permanente en las acciones de los héroes. Estos dioses son antropomórficos, personales y están organizados conforme al mismo esquema familiar de los hombres. Son inmortales, no envejecen, no tienen interés en los seres humanos y viven una existencia feliz. A veces, entre los hombres existe una diferencia nítida entre los héroes, aristócratas de nacimiento que poseen excepcionales cualidades naturales y están particularmente sujetos a los caprichos divinos, y las «huestes» innominadas, cuyos hechos casi nunca ofrecen el interés de ser siquiera mencionados. Las actividades económicas están muy poco diferenciadas; en el contexto bélico predominante de la *Ilíada*, la agricultura y ganadería, el comercio y la artesanía casi sólo son mencionadas en los símiles. La organización social se basa en la monarquía de origen divino; existen además un consejo y una asamblea general dominados por la minoría aristocrática. El derecho es puramente consuetudinario. Es difícil saber en qué medida la sociedad homérica es histórica y, si lo es, de qué época, y en qué medida es el producto de la imaginación poética.

El mito de la guerra de Troya posee un núcleo histórico que se sitúa cerca del 1200 a. C., en la Edad del Bronce y en plena época del dominio y la riqueza de Micenas y de los documentos griegos más antiguos que se han conservado, las tablillas de arcilla con signos que constituyen un silabario cuyo contenido es de carácter administrativo. De este trasfondo histórico existen algunas reminiscencias en la *Ilíada*, lo mismo que de las épocas sucesivas hasta la fecha de la composición final.

## CANTO I

La cólera <sup>1</sup> canta, oh diosa, del Pelida Aquiles,  
maldita, que causó a los aqueos incontables dolores,  
precipitó al Hades muchas valientes vidas  
de héroes y a ellos mismos los hizo presa para los perros  
y para todas las aves —y así se cumplía el plan de Zeus—, 5  
desde que por primera vez se separaron tras haber reñido  
el Atrida, soberano de hombres, y Aquiles, de la casta de Zeus.  
¿Quién de los dioses lanzó a ambos a entablar disputa?  
El hijo de Leto y de Zeus. Pues, irritado contra el rey,  
una maligna peste suscitó en el ejército, y perecían las huestes 10  
porque al sacerdote Crises había deshonrado  
el Atrida. Pues aquél llegó a las veloces naves de los aqueos  
cargado de inmensos rescates para liberar a su hija,  
llevando en sus manos las ínfulas del flechador Apolo  
en lo alto del áureo cetro, y suplicaba a todos los aqueos, 15  
pero sobre todo a los dos Atridas, ordenadores de huestes:  
«¡Oh Atridas y demás aqueos, de buenas grebas!  
Que los dioses, dueños de las olímpicas moradas, os concedan

<sup>1</sup> La primera palabra del poema cumple la misma función que el título en los libros modernos. También en la primera frase se indica a partir de qué momento de la leyenda comienza el poema. Los escolios dan títulos a distintas partes del poema, muchas de las cuales coinciden con un canto completo; en el caso del canto I, el título tradicional es el de «Cólera» (*Mé-nis*).

saquear la ciudad de Príamo y regresar bien a casa;  
 20 pero a mi hija, por favor, liberádmela y aceptad el rescate  
 por piedad del flechador hijo de Zeus, de Apolo.»

Entonces todos los demás aqueos aprobaron unánimes  
 respetar al sacerdote y aceptar el espléndido rescate,  
 pero no le plugo en su ánimo al Atrida Agamenón,  
 25 que lo alejó de mala manera y le dictó un riguroso mandato:  
 «Viejo, que no te encuentre yo junto a las cóncavas naves,  
 bien porque ahora te demores o porque vuelvas más tarde,  
 no sea que no te socorran el cetro ni las ínfulas del dios.  
 No la pienso soltar; antes le va a sobrevenir la vejez  
 30 en mi casa, en Argos, lejos de la patria,  
 aplicándose al telar y compartiendo mi lecho.

Mas vete, no me provoques y así podrás regresar sano y salvo.»

Así habló, y el anciano sintió miedo y acató sus palabras.  
 Marchó en silencio a lo largo de la ribera del fragoroso mar  
 35 y, yéndose luego lejos, muchas súplicas dirigió el anciano  
 al soberano Apolo, al que dio a luz Leto, de hermosos cabellos:  
 «¡Óyeme, oh tú, el de argénteo arco, que proteges Crisa  
 y la muy divina Cila, y sobre Tenedos imperas con tu fuerza,  
 oh Esminteo! <sup>2</sup>. Si alguna vez he techado tu amable templo  
 40 o si alguna vez he quemado en tu honor pingües muslos  
 de toros y de cabras, cúpleme ahora este deseo:  
 que paguen los dánaos mis lágrimas con tus dardos.»

Así habló en su plegaria, y Febo Apolo le escuchó  
 y descendió de las cumbres del Olimpo, airado en su corazón,  
 45 con el arco en los hombros y la aljaba, tapada a ambos lados.  
 Resonaron las flechas sobre los hombros del dios irritado,  
 al ponerse en movimiento, e iba semejante a la noche <sup>3</sup>.

<sup>2</sup> El epíteto o bien es un derivado de un nombre de un topónimo de la Tróade o bien hace referencia a la creencia de que el dios Apolo libera de las pestes de ratones caseros. La invocación que aquí hace Crises obedece a la peste que en seguida enviará Apolo contra los aqueos.

<sup>3</sup> Es decir, «negro de ira».

Luego se sentó lejos de las naves y arrojó con tino una saeta;  
 y un terrible chasquido salió del argénteo arco.  
 Primero apuntaba contra las acémilas y los ágiles perros; 50  
 mas luego disparaba contra ellos su dardo con asta de pino  
 y acertaba; y sin pausa ardían densas las piras de cadáveres.

Nueve días sobrevolaron el ejército los venablos del dios,  
 y al décimo Aquiles convocó a la hueste a una asamblea:  
 se lo infundió en sus mentes Hera, la diosa de blancos brazos, 55  
 pues estaba inquieta por los dánaos, porque los veía muriendo.  
 Cuando se reunieron y estuvieron congregados,  
 levantóse y dijo entre ellos Aquiles, el de los pies ligeros:™

«¡Oh Atrida! Ahora creo que de nuevo a la deriva  
 regresaremos, en caso de que escapemos de la muerte, 60  
 si la guerra y la peste juntas van a doblegar a los aqueos.  
 Mas, ea, a algún adivino preguntemos o a un sacerdote  
 o intérprete de sueños —que también el sueño procede de Zeus—  
 que nos diga por lo que se ha enojado tanto Febo Apolo,  
 bien si es una plegaria lo que echa de menos o una hecatombe, 65  
 para ver si con la grasa de carneros y cabras sin tacha  
 se topa<sup>4</sup> y entonces decide apartar de nosotros el estrago.»

Tras hablar así, se sentó; y entre ellos se levantó  
 el Testórida Calcante, de los agoreros con mucho el mejor,  
 que conocía lo que es, lo que iba a ser y lo que había sido, 70  
 y había guiado a los aqueos con sus naves hasta Ilio  
 gracias a la adivinación que le había procurado Febo Apolo.  
 Lleno de buenos sentimientos hacia ellos, tomó la palabra y dijo:

«¡Aquiles! Me mandas, caro a Zeus, declarar 75  
 la cólera de Apolo, el soberano flechador.  
 Pues bien, te lo diré. Mas tú comprométete conmigo, y júrame  
 que con resolución me defenderás de palabra y de obra,  
 pues creo que voy a irritar a quien gran poder sobre todos  
 los argivos ejerce y a quien obedecen los aqueos.

<sup>4</sup> La parte de los sacrificios que arde y, al ascender al cielo, llega hasta los dioses.